balanza, que quiere decir: son rectos y justos, como el psalmista[11] también lo dice, y tan profundos que nadie basta a escudriñarlos; sólo se nos permite admirarnos de ellos y magnificar y bendecir al Señor, porque al tiempo que él tenía preordinado, usó de su divina misericordia, enviando su lumbre y gracia sobre los que estaban en tan obscuras tinieblas y en la sombra de la muerte.

Podemos, al menos, decir que los padres de éstos fueron puestos en la balanza del rey de Babilonia Baltasar y fueron hallados de tan pocos quilates, y tan sin ley, que la misma ley que tuvieron los condenó como al rey de Babilonia. Mas después que Dios los purgó del orín y escoria que tenían y apartó el trigo de la paja y arrancó la cizaña mandó echar la paja y cizaña en el fuego, y a los hijos podados como reliquias de las guerras de la conquista, captiverio y pestilencia, sanólos y obró en ellos grandes misericordias y maravillas. Como de Egypto dice el profeta Esaías,[12] que lo hirió Dios primero con plaga y después lo sanó. No menos se verificó, particularmente en esta tierra, aquello del psalmista:[13] Venid y ved las obras del Señor, cómo quitó las guerras hasta el cabo de la tierra. Si por alguna parte del mundo se puede con mucha propriedad y especialidad entender esto, es por esta Nueva España, donde las guerras eran continuas, cuando estos naturales eran infieles, sin cesar de guerrearse unos a otros, procurando de cautivarse para sacrificar los cautivos al demonio; y en entrando el Señor por sus puertas, y siendo de ellos recebido, destruyó de todo punto las guerras y pasó paz general entre ellos. De suerte que los que entonces eran crueles enemigos, ahora se tratan y comunican como si fuesen hermanos. Bendito y alabado sea tal Señor, que tales maravillas en un momento obra.

CAPÍTULO XLV. *De la introdución fácil del evangelio en estos indianos reinos, y se prueba ser milagro que tan fácilmente se hubiese recebido. Y ser esta facilidad una de las condiciones de la venida del hijo de Dios, cumplida en estas Indias*

PARA LA VENIDA DEL HIJO DE DIOS AL MUNDO, en carne, se prometieron a las gentes de él muchas cosas prodigiosas y admirables, porque se le adjudicó la paz y así le llama Esaías[1] príncipe y señor de la paz; y entró con ella, cantándosela los ángeles la noche de su nacimiento, diciendo: Y en la tierra sea paz a los hombres;[2] y así le llama la iglesia rey pacífico y magnífico entre todas las gentes, que siendo medianero de paz la puso entre Dios y los hombres, como dice el apóstol:[3]

[11] Psal. 18.
[12] Isai. 19.
[13] Psal. 45.

[1] Isai. 9.
[2] Luc. 2.
[3] Ad Ephes. 2.

Él es nuestra paz, pues juntó los dos pueblos divisos, que eran la gentilidad y judaismo, reduciéndolos al evangelio y ley de gracia, cumpliéndose lo que dijo Esaías,[4] que en viniendo el príncipe y rey de paz al mundo, habría tanta, que el lobo y el cordero habitarían juntos. Ésta fue una de las calidades del Mesías prometido.

Otra, la de los milagros, porque para su tiempo se guardaban como lo dice el profeta Esaías,[5] que con las maravillas extraordinarias que había de obrar, habían de venir a su ley y gracia todas las gentes con ímpetu, fervor y priesa. Y así los obró Cristo nuestro señor, respondiendo a la pregunta que los discípulos de San Juan Baptista le hicieron en su nombre: Id y responded a Juan y decidle de mi parte que los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los mudos hablan y los muertos son resucitados y vueltos otra vez a la vida.[6] Y estos milagros se fueron continuando por sus apóstoles y discípulos, como el mismo redemptor dijo por San Marcos:[7] Las señales que en mi nombre harán los que en mí creyeren, serán: lanzar los demonios de los cuerpos humanos, no tener en nada las serpientes venenosas, hablar nuevas lenguas, y si bebieren alguna cosa ponzoñosa, no les empecerá, ni dañará. Y en confirmación de esto, cuando los apóstoles vinieron de predicar contentos y alegres de los milagros que en virtud de Cristo nuestro señor obraban, le dijeron: Hasta los mismos demonios nos están sujetos y rendidos.[8] De manera que este género de introducir el evangelio en la entrada de Cristo, con él al mundo, fue por este estilo y modo, porque así convino; para que gente tan inculta, como eran entonces los hombres, fuesen movidos e incitados por estos medios a la recepción de el evangelio y ley suave de Cristo, que entraba manifestándola con tanto dulzor y suavidad; y por esto le fue dado el hacer milagros. Para que así como dél estaba profetizado, así también de él solo se entendiese. Y ésta es la diferencia que hubo entre el Baptista y Cristo, que el Baptista no hizo un tan solo milagro, y Cristo hizo tantos como cuentan los evangelistas y otros muchos más que callan. La razón es porque San Juan era nuncio de Cristo y Cristo el rey y príncipe que venía; y porque no tuviese excusa la malicia farisaica para recebirle. Porque era tanta, que debiéndose el mesiasgo a Cristo, como aquel que era enviado del padre con él, era tanto el odio y aborrecimiento que le habían cobrado que se fueron a San Juan a convidarle con él, cuando le preguntaron: ¿Tú quién eres? Responde que es voz que clama en el desierto; y no sólo no Cristo, pero ni aun profeta. No porque no lo era, sino porque no era aquel profeta por quien preguntaban, que era Cristo. De manera que los judíos se fueron a San Juan, aun sin verle hacer milagros; ¿pues qué hicieran si vieran que los hacía? Pues porque no tengan excusa, no haga Juan milagros, basta que toda su vida sea milagrosa, pero hágalos Cristo, porque por ellos ha de ser conocido de las gentes, aunque ultrajado de los judíos.

[4] Isai. 11.
[5] Isai. 2.
[6] Math. 11.
[7] Marc. 16.
[8] Math. 11.

Pero dado caso que en la conversión de estas gentes no hubo tanta fuerza de milagros, como la hubo entonces, no por eso se ha de decir que esta conversión no fue de grande milagro. Porque no sólo tuvo la de la venida de Cristo e introducción de su ley, que en su confirmación hubiese milagros de dar vista a ciegos, oídos a sordos, lenguas a mudos y vida a muertos, sino también tuvo otras condiciones, como las declara el profeta Esaías;[9] una dellas es que los mansos y pacíficos tendrán alegría en el Señor y los hombres pobres se alegrarán en el santo de Israel; porque el que prevalecía cayó y saltó, y de todo punto se consumió el burlador, que es el demonio. Aquí por mansos son entendidos los que no resisten al evangelio de Cristo, como nota Adamo,[10] los cuales se disponen para ser enseñados, y doctrinados en la ley de Jesucristo, que es un grande milagro. Porque gente enseñada y envejecida en costumbres contrarias, y en doctrina diferente, sujetarse sin resistencia a la ley nuevamente oída es lo muy grande. Los pobres son entendidos por aquellos que cargados y oprimidos con carga de diferentes pecados conocen su culpa y se disponen para la gracia, como hicieron, sin dilación, estos indios. Y no porque recibieron la ley evangélica sin resistencia son gentes sin razón, sino porque la fuerza de la palabra de Dios los rindió apriesa, por ser una de sus condiciones y manera particular de Dios, con que quiso reducir los gentiles a su evangelio; porque viéndose pobres de gracia quisieron ganarla, recibiendo la ley que se la daba y ofrecía, y librarse de la opresión del tirano, que es el que dice el profeta,[11] que prevalecía, que es príncipe de este mundo. Porque la letra hebrea dice que faltó el fuerte, y es lo mismo que el mismo profeta había dicho antes. La arrogancia de los fuertes humillaré y abatiré; y es modo encarecido, como luego dice, que se acabó el burlador, aquel fuerte engañador, el cual fue desechado y consumido en la predicación evangélica, derrocándose sus ídolos y imágenes, sin quedar memoria dél. El hebreo significa, *illudere*, que es escarnecer y burlar, escarnecer soberbiamente; y así se entiende el verso del primer psalmo: En la cátreda de pestilencia no se asentó. Donde la versión de San Gerónimo dice: Sobre la cátredra de los que soberbiamente escarnecen, esto es, de los soberbiamente escarnecedores y burladores, conviene a saber, el príncipe de este mundo y sus diabólicos ministros. De manera que abrazar el evangelio de Cristo con suavidad y blandura es condición milagrosa; y este milagro fue visto en estas gentes indianas, recibiendo a Cristo y desechando al demonio. Otra condición de la eficacia del evangelio dice el mismo profeta por estas palabras: Usará de muy breves y fáciles triunfos, porque sujetará a gentiles y reyes con mucha facilidad y presteza; como polvo y como astilla arrebatada del aire, así será la fuerza de su cuchillo y espada,[12] que quiere decir que todo lo había de sujetar con presteza y sin impedimento ni estorbo. Y luego dice que en la tierra no parecerá huella ni pisada de sus pies. Toma la metáfora y comparación

[9] Isai. 29.
[10] Adam. in Isaiam. cap. 29.
[11] Isai. 13.
[12] Isai. 41.

de uno que huella tan ligera y sutilmente, que parece que no deja rastro, ni señal de su pisada; como si dijese, no tendrá mucho trabajo en esta jornada y camino. De manera que una de las condiciones de la eficacia del santo evangelio es la presteza con que se había de introducir y estampar en los corazones de los hombres. Pues ¿por qué no será este milagro entre estas gentes en las cuales se cumple esta profecía, de convertirse con aceleración y presteza? Que estas victorias estaban prometidas a Cristo y a su evangelio, por el profeta rey, en el psalmo ciento y nueve, según lo entiende fray Adamo, sobre el capítulo 41 de Esaías, donde dice que la palabra de Dios hará muchas victorias de los bárbaros idólatras, avarientos, lujuriosos, no destruyéndolos, ni quitándoles el ser de hombres que tienen, ni despojándolos de la vida, sino trocándolos en otros hombres brevemente, haciendo que de bestiales sean racionales y dignos de el gremio de la iglesia, como hizo brevemente en estos indios, que parece que no fue oída ni vista la victoria del evangelio en ellos. Y que se entienda de ellos lo pruebo por las palabras que luego prosigue el santo profeta Esaías, diciendo: Las ínsulas vieron las maravillas de Dios y temieron, y con el temor se llegaron a Dios con presteza y diligencia. Los moradores de estas ínsulas son las gentes remotas y apartadas en tierras incógnitas y no sabidas, como fueron éstas de esta parte del mar, que conocieron a Cristo y oyeron la predicación de su evangelio, y se espantaron y creyeron la palabra divina, y se juntaron a la fe de Cristo, como lo dice el profeta rey, viendo que lo que les predicaban era la verdad, admiráronse, comoviéronse y turbáronse viendo la torpeza de sus pecados y el yerro en que estaban y vivían envueltos en tanta idolatría, y la suavidad y dulzura de el evangelio que no pedía derramamiento de sangre humana y otras cosas abominables que hacían, sino limpieza de corazón y obras buenas. Y así se sujetaron fácilmente a la victoria del evangelio que fue milagrosa y breve. Y luego prosigue: ayudará cada uno a su prójimo, en estas partes insulares y distantes, diciendo unos a otros: apartaos de la idolatría, como hacían los ayudantes de los religiosos que eran como predicadores, abominándoles la idolatría y reprehendiéndosela, en cuya predicación y contradición hubo quien con gusto diese la vida, defendiendo y sustentando la creencia y fe de un solo y verdadero Dios, como se podrá ver en los dos niños de Tlaxcalla, Cristóbal y Luis, que en otra parte queda dicho, y predicaban lo que los religiosos les enseñaban del evangelio de San Lucas, San Mateo, &c. animándose el uno al otro.